

Es muy extraño que Calderon pusiese en boca del Marqués de Spínola, rodeado de gloria en aquel momento, las palabras: *yo, que victorias no tengo*, cuando esta asercion es completamente inexacta, pues el general español habia conseguido muchos triunfos ántes de la rendicion de Breda, y especialmente el de la importantísima toma de Juliers. ¿No es posible que, como nuestro poeta hizo otras muchas veces, pusiese en boca de sus personajes las propias ideas, confundiéndose con ellos?

De todos modos, el teatro de la guerra debió impresionar profundamente á Calderon. En Milán presenciaria la horrible matanza de saboyanos, mandada por el Duque de Feria; y en Flandes viviria entre soldados, rotos, súcios y hambrientos, que hastiados ya de sangre empleaban la hoguera y otros géneros de muerte, como una distraccion á su ferocidad y á su fanatismo; viviendo sobre el país, cobrando por su mano la racion y la paga, que les faltaban, y soñando en campaña con el respeto y el temor que inspirarian en su pátria cuando volvieran y les señaláran con el dedo, diciendo: ¡estuvo en Flandes!

El mismo Calderon nos pinta en *El sitio de Bredá* la ferocidad de aquellos soldados, por boca del capitan Alonso:

¡Oh! ¡qué maldita canalla.  
 Muchos murieron quemados;  
 y tanto gusto me daba  
 verlos arder, que decia  
 avivádoles la llama:  
 ¡perros hereges, ministro  
 soy de la inquisicion santa!

El año 1636 pretendió, fundado en la nobleza de su familia, un hábito de Santiago, que le fué concedido por el rey en 3 de Julio, formándose con fecha 2 de Setiembre el oportuno expediente de pureza de sangre, y tomando el hábito en virtud de decreto de 23 de Abril del año siguiente; siendo, por lo que sabemos, inexacto cuanto han escrito los biógrafos, al suponer que el rey le honró con esta merced, en premio de sus servicios en la guerra ó de sus méritos literarios.

En 1640, con motivo de la guerra de Cataluña, salieron á campaña las Órdenes militares; y D. Pedro Calderon, cumpliendo con su deber de caballero, se alistó desde luégo, presentándose montado el 28 de Mayo, agregándose al ejército el 29 de Setiembre, y entrando á servir como soldado en la compañía de caballos corazas del Conde-Duque, capitan general de la caballería española.

Pruébalo de un modo incontestable la siguiente certificacion expedida al mismo Calderon, y completamente ignorada hasta hoy:

«Don Pedro de castillo Aluarado caballero de la horden de s. tiago contt de la cav<sup>ia</sup> de las hordenes militares, por el Rey nro señor: Certifico que por el cuaderno de cavalleros de todas las hordenes, que se formó en este oficio consta que Don pedro calderon de la barca, cavallero de la de S. tiago, se presentó montado en la villa de m.<sup>d</sup> en veinte y ocho de mayo pasado de seiscientos y quarenta; y en veinte y nueve de septiembre siguiente se agregó y començó á servir en la comp<sup>a</sup> de cauallos corazas del señor conde duque de S. Lucar, capp<sup>n</sup> g.<sup>1</sup> de la cav<sup>ia</sup> despaña, donde a continuado en todo lo que se a ofrecido hasta este dia, que lo queda haciendo en este campo, que se alla acuartelada la dha cavalleria, devuelta de barcelona, en el ex.<sup>to</sup> de su mag.<sup>d</sup> Y para que dello conste, á su pedimento doy la press<sup>te</sup> en la villa de Reus del principado de cataluña.—A catorce de Março de seisets y quar<sup>ti</sup> y uno.—D. P<sup>o</sup> de castillo Aluarado.»

Así ingresó D. Pedro Calderon en el ejército, apenas fueron llamados los caballeros. Así se alistó en aquellas compañías de las Órdenes, en que los soldados eran grandes de España, y en que se habian congregado todas las noblezas; la de la sangre y la de las artes, la de las letras y la de las ciencias; brillantísimos escuadrones, que jamás habia visto España reunidos, y, por una fatalidad, destinados á morir en la más espantosa de las guerras, ocasionada por la ambicion y los desaciertos de un torpe favorito.

Así quedan desvanecidas las suposiciones de todos los biógrafos de Calderon sobre su valor y sus servicios militares, y el supuesto retraso de su presencia en el ejército, con motivo ó pretexto de la órden del rey para terminar la comedia *Certámen de amor y celos*. Calderon no eludió el cumplimiento de su deber; fué de los primeros en alistarse, é ingresó en su compañía dos meses ántes de comenzar la campaña.

Insistimos en esta aclaracion, que tenemos la dicha de hacer por primera vez, no sólo por honra del ilustre poeta y guerrero, sino porque en aquella época rehuian de ir á la guerra nobles y plebeyos, ya fuese por decaimiento del carácter español, ya por lo sangriento de aquel drama, ó porque muchos castellanos acusasen en su pecho, del mismo modo que los catalanes, al Conde-Duque, y fuesen de opinion contraria á la guerra, decidida en el Consejo por el Cardenal D. Gaspar de Borja, diciendo que «era preciso derramar ríos de sangre.»

En Cataluña se encontró al lado de su hermano D. José, que mandaba un regimiento, despues de haber venido de la guerra de Flandes, y con él hizo la campaña, estando tan unidos los servicios de ambos que es casi imposible separarlos en una biografía.

Con aquel ejército, formado en tan breve tiempo, entró Calderon en el Principado de Cataluña por el Coll de Balaguer, el 7 de Diciembre, asistiendo á diversas acciones y distinguiéndose en la sangrienta batalla de Cambrils, en la de Salou, donde su hermano D. José mandó la operacion de arrimar las escalas, penetrando el primero en la plaza; en la de Villaseca, y por último, en la de Tarragona, el 24 de Diciembre.

En Enero del año siguiente de 1641, su compañía y treinta arcabuceros á caballo que iban á socorrer la plaza de Constanti, al mando del general D. Rodrigo Herrera, derrotaron á quinientos hombres, degollando á la mayor parte; horrible combate en que Calderon peleó como un héroe, saliendo herido de una mano, sin querer abandonar el campo de batalla para curarse. Asistió al reconocimiento, toma y quema de Martorell, donde su hermano mandó los mosqueteros, y fué uno de los treinta corazas escogidos, con la compañía de caballería de D. Juan de Oto, para batir tres cuerpos de tropa del enemigo, portándose «como de su persona y partes podia esperarse.» Siguió con el ejército á Barcelona y asistió á aquel terrible y desgraciado combate del 26 de Enero, formando parte de los escuadrones de las Órdenes que pelearon heroicamente contra la caballería francesa, hasta obligarla á retirarse bajo las murallas; miéntras D. José mandaba la vanguardia de la columna que atacaba el castillo de Monjuich. Volvió desde allí al campo de Tarragona, y asistió al combate trabado para salvar seiscientos caballos, que habian ido á forragear, escoltados por su hermano, y cortados por el enemigo. El 4 de Julio se distinguió tambien favoreciendo

con su compañía en la marina el desembarco de los socorros que el Marqués de Villafranca envió á Tarragona, corriendo aquel día grave riesgo personal. Por último, asistió á la batalla dada en el Llano de las Horcas, sirviendo á las órdenes de Herrera, y al lado de su hermano, en aquel brioso ataque, en que la caballería de las Órdenes tomó al galope los cañones enemigos, viéndose Calderon muy en riesgo y peligro de su vida.

En este tiempo prestó otra porcion de servicios importantes, para que le hacía apto su educacion literaria y cortesana, y entre ellos el de venir á Madrid como embajador del Marqués de la Hinojosa, en Noviembre de 1641, despues de levantado aquel horrible sitio de Tarragona, en que el ejército moria de hambre; demostrando en tan apurado trance D. José su generosidad, manteniendo de su peculio catorce soldados.

En esta embajada trajo las listas del ejército, los planos de la plaza, las proposiciones del cange de prisioneros, y varios asuntos reservados, siendo recibido por Felipe IV en el Escorial, y volviendo á Madrid en el coche del Conde-Duque.

Poco despues decidió el rey salir á campaña, y con este motivo se formó un cuerpo de tropas con el título de compañías de la guardia de S. M., entrando en ellas lo más florido del ejército. Calderon, distinguido ya por su valor y recomendado por su nobleza, sentó plaza en la compañía del Conde de Oropesa, donde atendiendo á sus méritos fué nombrado cabo de escuadra, como el soldado más benemérito; cargo superior que desempeñó en la milicia, sin llegar jamás á capitán de corazas, como aseguran D. Cayetano de la Barreda y otros biógrafos. El capitán de corazas era, por lo ménos, un maestro de campo, y sin embargo no tenia grado más que de teniente en las compañías de la guardia del rey, como lo prueba el siguiente testimonio, inédito hasta hoy, del nombramiento de cabo de Calderon:

«Don Pedro de Porres y Toledo, cauallero del avito de Santiago, gentil hombre de la boca de su mag.<sup>d</sup> y su capitán de caballos coraças españoles, y teniente de la compañía del conde de Oropesa, una de las de la nobleça despaña, y guarda de su Mag.<sup>d</sup>

Certifico, que Don pedro calderon de la barca, cauallero del avito de Santiago, a seruido esta campaña con toda puntualidad, y por aberle allado mi capitán por soldado mas meremérito le nombró por cavo descuadra, y sirvió la dha escuadra como muy honrrado y baliente cauallero; y assi le juzgo meremérito de toda la mrd que su mag.<sup>d</sup> fuese servido de hacerle... Çaragoça a beinte y ocho de octubre de mil y seiscientos y quarenta y dos años.»

Continuó sirviendo hasta que se resintió gravemente su salud, siendo víctima sin duda de aquellas enfermedades que diezaban el ejército en tan cruda guerra; por lo cual el Conde-Duque de Olivares le concedió licencia el 15 de Noviembre de 1642, desde Zaragoza, constándole la imposibilidad de que continuase en el real servicio, y la del uso y manejo de las armas; expidiéndole despues pasaporte para los puestos de Castilla.

No es, pues, exacto que Calderon estuviese en la guerra hasta 1648, como han asegurado sus biógrafos, para llenar esa laguna de su vida. Hemos visto la licencia original que conserva el Sr. Conde del Asalto en su archivo, y dice así:

«D. Gaspar de Guzman c.<sup>de</sup> Duque de S.<sup>t</sup> Lucar &<sup>a</sup>.

Por quanto Don Pedro Calderon, Soldado de la compañía de cavallos del batallon de la nobleza de la guardia de su Mg.<sup>d</sup> del duque de Pastrana, nos ha pedido le demos licencia para irse á curar adonde tuviese mas comodidad para ello; atento á hallarse con achaques de calidad

que le imposibilitan el continuar el R<sup>l</sup> servicio: Constandonos ser assi lo referido: hemos tenido por bien de concederle, como por la presente le concedemos, la licencia que pide para el dho effecto. Y della se tomará la razon en los libros del sueldo por los ministros á quienes toca. Dada en Çaragoça a 15 de Nov.<sup>o</sup> de 1642.—Don Gaspar de Guzman.»

Este curioso documento tiene tal importancia, que no hemos dudado insertarle en el texto, dejando para las notas al final otros no ménos curiosos, pero no de tanta trascendencia, para esclarecer la verdad de los hechos de la vida de nuestro ilustre poeta, desconocida por tantos biógrafos.

Tan valerosos servicios no quedaron ocultos á sus jefes, siendo recomendado al rey por D. Álvaro de Quiñones, teniente general de la caballería, en 19 de Octubre de 1641; por D. Rodrigo Herrera, comisario general de la caballería, en 30 de Setiembre, y por el citado D. Diego Brizuela, el 30 de Setiembre y el 15 de Marzo, diciendo que era ejemplar caballero y valiente soldado, que habia lucido su alentamiento peleando valerosamente, y que era digno de la merced que S. M. quisiera hacerle; concediéndole el rey en 21 de Setiembre de 1645 una pension de treinta escudos al mes, sobre la consignacion de la artillería de España.

Desgraciadamente, esta pension, como otras muchas que el rey concedia con gran facilidad, no fué cobrable. El año siguiente Calderon pensó ir á Italia con el Duque de Alba, nombrado virey de Sicilia, y acudió al rey pidiendo que se le situára la pension sobre las rentas de Italia, consiguiéndolo en 13 de Abril de 1646; pero habiendo desistido luégo del viaje, acudió de nuevo al rey en demanda de una compensacion, poniendo Felipe IV al márgen del memorial: «Que se tendrá satisfaccion á darle otra merced.» Mas tampoco se la dieron; entónces Calderon pidió la llave de gentil hombre, con igual infausta suerte.

Retirado del ejército y restablecido de su salud, volvió el año siguiente de 1643 á dedicarse á las letras, pasando despues á Alba de Tormes, tal vez siguiendo la suerte del Conde-Duque de Olivares. Allí cayó enfermo de nuevo, con unas graves tercianas, y no teniendo recursos escribió al corregidor de Madrid, en 9 de Octubre de 1648, pidiendo que se le abonáran como socorro trescientos ducados por haber compuesto los *Autos* para el dia del Corpus; cantidad que en efecto no se habia pagado.

El año siguiente de 1649 le llamó el Rey por un real decreto, mandándole escribir las fiestas de la entrada de su esposa D.<sup>a</sup> María Ana de Austria, trabajo que, segun se cree, publicó con su nombre D. Lorenzo Ramirez de Prado.

## V

Aquí termina el primer período de la vida de Calderon. Estudiante, poeta, soldado y cortesano, habia recorrido en medio siglo las más diversas profesiones; pasando desde el aula al campamento, y desde el escenario á las antesalas del alcázar, habiendo tenido, por tanto, ocasion de estudiar á los hombres y la sociedad en que vivia; nuevo punto de vista bajo el cual le vamos á considerar ahora.

Que conocia muy á fondo las costumbres de su tiempo en todas las clases y gerarquías, lo dejó demostrado en la série de sus obras dramáticas, desde la tragedia á los entremeses, en los cuales, descendiendo á las últimas capas sociales, su pluma no tiene que envidiar nada á la de aquellos escritores satíricos, como Quevedo, Cervantes y Espinel, que nos dejaron cuadros á que no ha llegado el realismo, calificado de espantoso en nuestros dias. *El dragoncillo* es una imitacion libre del pasillo que Cervantes tituló *La cueva de Salamanca*. *La casa holgona*, imposible de representar hoy en nuestro teatro, es un cuadro digno de *La Celestina*. *D. Pegote* parece que es el autor de las *Cartas del caballero de la Tenaza*: las jácaras tienen momentos de mayor fuerza descriptiva que *Rinconete y Cortadillo*. *El Mellado* y *La Chillon* pueden formar al lado del *Entremés famoso de la cárcel de Sevilla*.

En todas estas obras no hemos de notar sólo, porque no es este nuestro principal objeto, el mérito literario, sino el lenguaje propio de rufianes y gente baja, lo gráfico de los nombres y apodos y lo libre de las imágenes y palabras, que excede á lo que consiente el teatro en estos tiempos.

Ya hemos dicho en otra parte que estas escenas de costumbres, que tan perfectamente han dejado retratado los tiempos, no podia escribirlas un inocente de la vida del mundo. Seguramente, Calderon en su vida de estudiante, de poeta y de soldado, habia tenido frecuente trato con gente poco delicada en materia de moralidad, que bien pudo suministrarle algunos de sus tipos en los entremeses y aún en las comedias; y tomó parte en riñas, intrigas y contiendas, que alguna vez pusieron en peligro su vida, como sucedió el dia en que fué herido de una cuchillada en la cabeza, mientras se representaba una comedia suya en el Buen Retiro. El mismo nos dice que tenia una cicatriz, consecuencia de un lance motivado por los celos:

En la sien izquierda tengo  
cierta descalabratura,  
que al encage de unos celos  
vino pegada esta punta.

Vivió nuestro poeta entre aquella turba de cómicos, farsantes y bailarinas, que no eran por cierto un dechado de moralidad. La célebre Calderona, que tuvo de Felipe IV á D. Juan de Austria, y de quien se decia que era más famosa por los amores reales que por los fingidos; la María Beson, «que vino de Francia tan cargada de escudos como de enfermedades;» la Micaela Fernandez, que así vestia de hombre como de mujer, «á pesar de las órdenes que la prohibian este revolver de sexos;» la Mariana Romero, actriz que asustada de sus devaneos entró de novicia en un convento, y á poco le abandonó por la libertad del mundo; Clara Camacho, que sobre el tablado de la escena hizo repentinamente voto de castidad y se metió monja; Antonia Infante, de quien se decia que dormia en sábanas de tafetan negro; Manuela Escamilla, hija del célebre actor, «más dueño de su papel que de su hija, y más enterado de su profesion que de su casa...» Entre esta gente andaba Calderon, dirigiendo los ensayos de las comedias; y entre ellos pasaba aquellas célebres noches de la víspera del Corpus, «mezclados todos en la oscuridad de la noche, en el campo, fuera y dentro del corral, sin luces, ni fuerza de la justicia; entre aquellas damas, que se retraian del con-

curso, con mal disimulada ufanía, y seguían los pasos del señor superintendente, de D. Pedro Calderon de la Barca ó de los regidores, á quienes como directores de las fiestas obsequiaba la villa con perniles y pollos de leche, en racion no tan escasa que no pudiera repartirla con algun amigo.»

Tales costumbres y tal trato no podían ménos de influir de un modo algo contagioso en un jóven de gran imaginacion y de no tímido carácter. Así es que el mismo Calderon nos da cuenta de su fama, que era tal que las futuras suegras decían de él: *¡no en mis días!* y refiere otras cosas que no son para dichas aquí; porque no estamos resumiendo sus debilidades humanas, sino en cuanto pueden ser necesarias para el conocimiento de su carácter y de su misma virtud. Porque así como los hombres vulgares y los corazones pobres se inficionan con el contacto del mal, los hombres de levantado espíritu, en contacto de las miserias de la vida y de las llagas sociales, concluyen por aislarse, como si los protegiera un invisible escudo; pasan por su lado rechazando el contagio; viven en un mundo que crea su imaginacion, y demuestran entónces la grandeza de su pecho, la fuerza de su voluntad y lo inquebrantable de sus convicciones.

No insistimos aquí en averiguar si, tal vez, nuestro carácter, vulgar en la normalidad de la vida, se exalta, se crece y se purifica ante las contrariedades y en presencia de las miserias, ó si solamente los hombres superiores se impresionan ante los males públicos, y trasladan su juicio y su sentencia á la literatura, creando héroes y obras inmortales. Pero es lo cierto que todos nuestros grandes escritores han tenido una vida aventurera; han pasado por los sitios más humildes ó más despreciados, y han vivido en medio de la corrupcion, y tal vez la degradacion social, desde Santa Teresa, cumbre del idealismo, hasta Quevedo, espejo de la grosería.

En la desgraciada historia del género humano, en su constante lucha con el mal, las virtudes, las victorias y los triunfos apenas han sabido crear ni un héroe, ni una novela: el poema épico es el problema más difícil de la literatura; puede decirse que está por hacer en todas las naciones. En cambio, los vicios y los extravíos han creado á la luz rojiza con que los han mirado hombres enérgicos obras inmortales. La duda escéptica engendra á Hamlet, y la duda moral á Segismundo; la lujuria á Fausto, la ambicion á Machbet, la soberbia á D. Juan Tenorio, y todos los vicios la Divina Comedia.

Pero volvamos á nuestro propósito. El teatro era seguramente el refugio más grato para aquel ingénio, arrastrado por los azares de la vida, desde la corrupcion juvenil de los estudiantes de Salamanca al libertinaje brutal del campamento y á las liviandades de la córte.

Sería tarea muy larga y profunda, ajena á una biografía, estudiar si ante aquella mezcla, incomprensible hoy á nuestros ojos, de crueldad y religion; de severas máximas de virtud y prácticas muy contrarias; de fé profunda y de gran hipocresía, dudó si lo que pasaba ante sus ojos era un sueño de su fantasía ó una tristísima realidad. Pero lo importante para nuestro propósito en este momento, y sin perjuicio de hacer otras consideraciones más adelante, es dejar consignado que Calderon, ya creyera una ú otra cosa, siguió el consejo más prudente, dictado por su levantado ánimo y generosas as-

piraciones; el consejo que expresan estas nobles palabras, cien veces repetidas en *La vida es sueño*:

Quiero  
obrar bien, pues no se pierde  
el hacer bien, áun en sueños.

Muchas pruebas podríamos dar, y las indicaremos despues, de la bondad y nobleza del carácter de Calderon en su vida privada; pero limitándonos ahora á lo público, es lo cierto que Calderon se impuso á la córte y al pueblo en general; que los cómicos le respetaban como á ningun otro autor, y que sus enemigos no se atrevieron á levantar la voz contra él mientras latió su corazón, guardando su ódio para perseguir su cadáver y su memoria; respeto que no se adquiere sino con un gran mérito, unido á condiciones personales extraordinarias.

Antes de Calderon, los autores tenian que solicitar humildemente á las compañías de cómicos para que representasen sus comedias; regatear el ajuste; vencer las dificultades y coqueterías de las damas, y áun de sus amantes, y luchar con estos en el terreno del lujo y de la propiedad de los trajes, que habian variado desde no mucho ántes, en que salia el Padre Eterno vestido con una sábana y una vela de sebo en la mano, hasta la costumbre de que el aristocrático amante regalase costoso vestido á la actriz, contraviniendo á las reales disposiciones.

Pero aquel poeta afamado que escribia sus comedias, y las entregaba al público sin cuidarse de si las representaban ó no, y sin atender á su publicacion, hasta el punto de que llegó á conocerlas «sólo por el título y no por el contexto;» aquel hombre austero que salia de los salones del régio alcázar para vivir modesta y áun pobremente en una casa de tres habitaciones; aquel observador profundo, que llevaba á su teatro fantástico los vicios del teatro del mundo, abrió tan ancho abismo entre él y los comediantes; se impuso de tal modo y gozó de tan grande y universal respeto, que los cómicos le solicitaban, y pudo sólo con su voluntad introducir la costumbre de que el Ayuntamiento separára desde luégo del ajuste con las compañías los derechos del autor, para evitarle las infinitas molestias y disgustos que le ocasionaba el cobrar tardamente y en plazos. Triunfo grandísimo con que comienza la historia de la propiedad literaria en el teatro español.

Otro de sus triunfos, debido á la profundidad y delicadeza del pensamiento, que los actores habian de interpretar en la representacion de los autos, fué quitar á los cómicos la absurda libertad de vestir á su modo la escena y los personajes, entrando en el ajuste, como obligacion del autor, el redactar la Memoria de las apariencias, segun lo hizo el mismo Calderon en varios autos, y especialmente en el de *La vida es sueño*, que escrita en parte de su puño y letra se conserva en el Archivo de Madrid.

Tal vez á este carácter se deba el que Calderon no fuese tan popular como Lope, ni tuviese tampoco, á pesar de su entrada en la córte, el trato con la nobleza que mantuvo Quevedo, de igual á igual, y que sostuvo Cervantes como protegido. Es muy probable que su espíritu de independenciam y cierto orgullo, que proviene de la nobleza del alma, le alejáran del trato de los cortesanos, entre los cuales vivia como aislado, guardando una respetable distancia, que fué primero la que habia entre su gravedad y

la adulacion palaciega, y despues la que separaba el carácter sacerdotal de la frivolidad cortesana; así como se aisló, negándose á asistir y á sancionar con su presencia las farsas que se representaban en Palacio, en las cuales el rey y los cortesanos hacían papeles, que no juzgaba decorosos la dignidad de Calderon. Ni hay tampoco memoria de que asistiera á los tristes espectáculos, que se daban por la córte, en el coliseo de comedias.

Fué amigo del rey, y no tuvo jamás ningun cargo de confianza ó de influencia política; rehuyó estar en la córte, como diremos más adelante, y buscó constantemente, hasta conseguirlo, el medio de vivir con independenciam, aunque con modestia, en cierto aislamiento, que se manifestó sobre todo en la hora de la muerte, cuando, según asegura D. Antonio Solís, no hubo entre la nobleza de España quien celebrase sus honras. Fué, pues, no un cortesano, no simplemente un poeta palaciego, sino un autor dramático.

Poseyendo facultades líricas de primer orden, no cantó nunca sus impresiones aisladas. No hizo romances como Lope, ni canciones como Rioja, ni églogas como Garcilaso: los sucesos particulares de la vida, las bellezas del mundo, los encantos de la naturaleza, los mismos misterios religiosos, no pusieron la pluma en su mano, sino en casos muy concretos y obligados, para hacer brotar de su inspiracion aquellos mismos fogosos pensamientos, brillantes imágenes y sonoros versos con que esmaltaba sus monólogos. En su larga vida conoció tres reyes de España, los Felipes III y IV, y el segundo Carlos; vivió en una época en que la adulacion retórica formaba parte de la etiqueta de la córte, y jamás cantó los triunfos en la guerra, ni las fiestas de palacio, ni nacimientos, bodas ó muertes de príncipes y reyes, sino en cortos casos en que lo hizo casi por obligacion, y cuando el silencio del poeta habria sido mal interpretado como deber del súbdito.

Buscó solo el teatro; porque en él se desarrolla la accion, la vida, el movimiento, con la misma ó mayor energía que en la realidad del mundo; porque es el espejo en que la hermosura ó fealdad del hombre, como sér social, se retratan con mayor relieve.

Los literatos, que con más sutileza que verdad, han comparado á Calderon con Shakspeare, no se han fijado en que tal vez nuestro inmortal poeta quiso hacer con el público lo que el autor inglés con Claudio, presentándole todo el horror de su crimen y de sus vicios, por medio de una compañía de cómicos, dentro del mismo palacio.

Los críticos extranjeros, que han buscado en las tenebrosidades del carácter de Hamlet un rasgo de valor y de serenidad, contemplando aquella escena del rey de Dinamarca ante la representacion del drama, pueden venir aquí á admirar el valor moral, no de una creacion fantástica, sino de un caballero y un militar, arrojando al rostro de la situacion de España *El Alcalde de Zalamea!*

Tristísimos, para lo que hoy se llama orden público, fueron los años que siguieron á las desastrosas guerras de Flandes y Cataluña. Aquellos soldados, sobre todo en la última de estas guerras, habian roto la antigua y severa disciplina que inmortalizó nuestra infantería; y eran una turba de foragidos más que un ejército regular. Hombres «sin humanidad, ni temor de Dios,» se habian educado en la matanza, aplaudiendo las ferocidades de aquella compañía, que se llamaba á sí misma de la *ira de Dios*, y que en virtud de este nombre dejaba muy atrás á los soldados de Atila. Habian

perdido, dice un testigo ocular, el respeto á los templos; y era tal el número de sacrilegios que cometían, aún en presencia del Señor, que no podrían contarse.

Con esta enseñanza volvieron á Castilla, trayendo en pos de sí todo género de violencias y excesos. Ni vidas, ni haciendas estaban á salvo de su ferocidad, creyéndose inviolables con la proteccion de sus jefes, que cometían no ménos atropellos, y confundían la defensa de sus fueros con la defensa de sus crímenes. En quince días hubo en Madrid setenta muertos y cuarenta mujeres heridas por los soldados, en Julio de 1639: trababan á todas horas con los paisanos luchas sangrientas; y como no habia autoridad que los contuviera y los castigára, se llegó al apurado caso de tener que sacar á las calles el Santísimo Sacramento de San Sebastian, como sucedió el 18 de Julio de 1642. De noche las casas eran saqueadas; las mujeres deshonradas ó muertas, y los hombres asesinados.

Contagiados del ejemplo, los nobles se defendían con sus criados contra la justicia, cuando los perseguía por delitos comunes; y el clero apadrinaba á sus individuos, hasta el punto de que un obispo y veinte clérigos subían al tablado de un reo, luchaban con el verdugo, le arrancaban la víctima y se la llevaban en triunfo; mientras los alguaciles, con carabina y espada desenvainada, no tenían valor, ni fuerza moral para oponerse á tales atentados.

Ante estos horribles sucesos, la autoridad civil estaba aterrada; el Consejo de la guerra absolvía y defendía á los soldados; llegando el caso de no formarse causa por los muertos que se recogían todos los días en la calle, encomendado sólo á la piadosa Hermandad de la Paz y Caridad que los enterrára cristianamente.

En estas circunstancias, impresionado sin duda Calderon por tales hechos; atravesando, tal vez, á deshora de la noche el descampado del alcázar y el solitario Prado de San Jerónimo, sitios elegidos para riñas y duelos; interrumpido en sus trabajos por los desórdenes diarios, concibió el audaz proyecto de dar al teatro *El Alcalde de Zalamea*; lección severísima de orden y de justicia, en que un pechero, alcalde de monterilla, ahorca á un valiente capitán, ;lección sublime dada por la pluma de un militar y de un noble!

Si fuera posible en nuestros tiempos una época de igual anarquía, ¿habría muchos autores dramáticos que se atreviesen á llevar al teatro ese cuadro, arrancando del público aplausos entusiastas, para lo que hoy podríamos llamar la autoridad civil?

Y tan justa y exactamente comprendió el pueblo la significacion de esta comedia, por ese instinto de justicia que tiene el vulgo, y sin el cual sería imposible la sociedad humana, que en el acto cambió su título poco expresivo, y la llamó *El garrote más bien dado*, con el cual se reimprimió despues.

Nos ha servido este ejemplo para demostrar lo que era Calderon: ese es su campo, su objeto, su moral; su teatro, en una palabra.

Excitada su natural y fecunda aptitud dramática, acude á la escena; y en ella desarrolla su pensamiento; y en ella describe las impresiones del mundo entero. Los personajes de sus comedias, creaciones de su fantasía, hablan por él; los dispone para que formen cuadros á su gusto; los baraja algunas veces con igualdad democrática, censurada en la escena, sin distincion de clases ni condiciones, y los hace servir á su ob-